LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO SEMANAL DE CIENCIAS LITERATURA Y ARTES

NÚM. 9. 28 DE DICIEMBRE DE 1890 NUM. 9.

SUMARIO

Microbiología, por E. Ruiz del Arbol.—**Sanguinaria nivalis**, por José S. Herrero.—**Al Sr. Balart**, por *Clarin*.—**Carta semanal de Lóndres**, por B. de Oya.—**Desde el boulevard**, por R. Blasco.—**Mosáico madrileño**, por M. Ossorio y Bernard.—**Libros nuevos.**

MICROBIOLOGIA

Esos infames microbios, esas bacterias patógenas que producen el antrax, la tísis, el cólera ú otros horrores por el estilo, han recibido de los bacteriólogos el nombre latino de *baccillus*, que quiere decir báculo ó baston, y se distinguen por *baccillus antraccis*, *baccillus tuberculosus*, (?) etc., etc., segun la perturbacion de que sean causa ó efecto; pues parece que aun no hemos salido de esta duda.

En verdad que el nombre no es muy propio; porque el de báculo trae consigo de contínuo grata idea de apoyo ó de consuelo, lo cual está muy léjos de suceder al baccillus de ahora. Y no vale decir que á esta especie de microbios les viene el nombre de la forma prolongada que afectan, porque aun no sabemos si el dia ménos pensado los vamos á encontrar ahuevados ó esféricos, y entonces lo de baccillus les sentará tan bien como á los tísicos la linfa misteriosa.

Ne he de meterme yo en terapéuticas, que están fuera y léjos de mi jurisdiccion; pero sí ha de permitírseme recordar que Jenner estudió siete años consecutivos la vacuna ántes de decidirse á vacunar á un niño; que lo vacunó, que dos meses despues le inoculó el virus de la viruela, convenciéndose de que ésta no hacía presa en aquel individuo vacunado; y que todavía dejó trascurrir dos años más ántes de dar al público la Memoria sobre el descubrimiento.

Con el suyo hizo Pasteur algo parecido y tambien ha tardado cerca de diez años en aplicarlo al prójimo. De modo que, sin recordar ningun otro de los muchos casos y descubrimientos médicos, importantísimos en la historia del arte de curar, y de científica y benéfica trascendencia, bien puede sospecharse que Koch y sus paisanos ó amigos no han andado últimamente con toda la prudencia y discrecion debidas.

¡Y pensar que el caldo, ese otro báculo, si pasa la figura (que no pasa), ese báculo del estómago doliente ó viejo, está en camino de hacerse odioso y repugnante á continuar los investigadores apacentando, ó cebando en él, esos parásitos terribles!

¡Y qué fecundidad, la suya, tan prodigiosa! Es cosa de temblar cuando un economista cualquiera se dedica, en el papel, á la reproduccion de las especies. Pero cuando el economista es tambien bacteriólogo, entonces hay que temblar más. ¿Saben los lectores lo que Cohn dice de las bacterias? Pues dice que cada una se divide espontáneamente en dos mitades y á las dos horas cada parte de estas llega á tener el tamaño de la original; que á los tres dias habrán salido de la bacteria primitiva 4700 billones (¡salir es!) de individuos y que, pesando unos centésimos de milígramo la descendencia habida en veinticuatro horas, la resultante á los tres dias no pesaría ménos de ¡7000 toneladas!

Desde luego, en el supuesto de que tarden los microbios jóvenes dos horas en llegar á adultos, el cálculo está mal hecho; pero como la cita es de segunda mano, no respondo de su exactitud. Con todo, admitamos que el autor de la equivocacion se haya equivocado mil veces. Tendremos que á los tres dias la progenie de una bacteria pesa siete toneladas. Pues figúrense los lectores á un hombre que se descuida y coge una bacteria y la deja reproducirse y se encuentra á los tres dias con siete toneladas de peso encima. ¿Qué pensar de esto? Que todavía tenemos mucho que agredecer á estos bribones (vibriones les llaman algunos), que pudiéndonos matar de modo breve, seguro y uniforme, por aplastamiento, prefieren hacerlo con más lentitud y variedad de formas.

No: no creo que hay ejemplo en la historia de la ciencia, semejante á lo ocurrido ahora. Que un sabio crea haber descubierto ú obtenido un medicamento enérgico y activo (y de mucho cuidado por ser más enérgico y activo para matar que para curar) y que apenas experimentado, si es que experimentado ha sido, lo anuncie *urbi et orbe* y lo distribuya y propague con sólo aquella parsimonia que le impone la escasez del que tiene preparado, esto no creo que se haya visto nunca. ¡Y parecen pocos los 2000 frascos que hay llenos, mejor diré cargados, de esa municion! ¡Pues si bien repartida basta para curar de una vez á todos los tísicos del mundo! Por pocos gramos que tenga cada frasco, como quiera que un milígramo puede matar un hombre en tres ó cuatro dias, ya habrá en el laboratorio del doctor Koch para curar radicalmente unos cuantos millones de enfermos.

¡Un milígramo! Mentira parece que un milígramo de nada pueda empujar hácia el otro mundo, ó detener en este á ningun mortal. Y sin embargo, así sucede con la linfa de Berlin. Y ¡qué digo un milígramo! Los «efectos á distancia,» que Newton y otros sábios niegan, los produce evidentemente la mágica sustancia de que voy hablando. Tanto que yo creo, y no sé si se habrá comprobado esto, pero puede comprobarse, que en muchos casos no sea necesario ingerir absolutamente nada en el cuerpo del enfermo; bastará acaso apuntarle con una geringuilla de Pravaz ó de Koch cargada con ptomainas. ¿Pues qué, no ha sido suficiente colocar un frasco de esa linfa en un punto céntrico conveniente, Berlin, Madrid ú otra capital de tan suave y benéfico clima, para que, al acudir á él de los más lejanos estremos los pacientes más impacientes, se hayan visto algunos de ellos curados de raiz en el viaje?

Por esto seria muy de lamentar que resultase cierto lo que empiezan á afirmar los primeros y más calurosos entusiastas del descubrimiento; que con la linfa de Koch no se pretende curar más que el lupus y alguna que otra forma de tuberculosis y estas... hasta cierto punto.

Cuenta Tellement de Reaux de un obispo que, como al sentarse á almorzar, en un dia de nublado y de vigilia, ante un hermoso y dorado capon, sonase un fuerte trueno, el prelado alzó al cielo los ojos y dijo: «¡Señor, tanto estrépito por un simple pollo!» Pues lo mismo diríamos nosotros: diríamos volviendo los ojos á Berlin: «¡Señor, tanto ruido para curar dudosamente un lupus!»

Tambien recuerdo ahora aquel ciudadano francés elegido, hace una veintena de años, cabo segundo de la guardia nacional de un pueblo próximo á Blois, que escribió y leyó á sus electores el siguiente discurso:

«Queridos conciudadanos: llamado por unanimidad, por el sufragio universal, al honor con que suscribo de vosotros para mí y de mí para vosotros no hay más allá. Delgado miembro de la municipalidad, yo no merecia esa suprema dignidad y este elevado grado. Yo presto juramento, yo os digo que, en caso de necesidad, daré mi vida. Despues de haber dado mi vida, consagraré mis dias y mis noches á defender la personificacion, la reciprocidad de la honrada familia y el estilo de las circunstancias. Rodeado de una coleccion augusta de individuos como vosotros, sabré resistir á la multitud de puñales acometedores que quieran degollar á vuestras mujeres y á vuestros hijos y cortar nuestros queridos bienes; yo defenderé el fundamento y la base de la persona. Todavía no he recibido más que mi nombramiento interino; cuando reciba mi nombramiento posterior yo daré un segundo desarrollo á mi discurso y vosotros me conocereis tal como soy.»

¿Quién puede imaginar, añadia un comentador, hasta dónde se habria elevado la inspiracion del elegido si siquiera hubiese sido nombrado sargento segundo? Pues bueno; ¿qué podrá decir ó hacer el doctor Koch cuando decididamente cure alguien algo con lo que él invente?

¡Ay! Mientras el estudio y aplicacion de toda suerte de microbios venian contenidos en límites razonables, no habia que preocuparse, sino solo felicitarse de la nueva ciencia. Pero cuando va la cosa picando en historia y tocándonos tan de cerca, y sobre todo cuando amenaza apoderarse de las gentes la más desenfrenada linfomanía, será bueno detenerse á pensar un poco y discurrir sobre los fundamentos y razon filosófica de tanta confianza como ha llegado á ponerse en los hechos ó fenómenos observados en este particular.

Todos conocen los concertados extravíos y lógicos disparates á que en otros tiempos condujo la observacion de los astros. ¿No podrá pasarnos con el moderno mundo de lo pequeño lo que pasó con el antigno de lo grande? Porque tan inmediatos tengamos á esos diminutos seres, ¿se cree que pueden estudiarse con el microscópio sus hazañas ó sus movimientos con más acierto que los de los astros á simple vista, ni su naturaleza mejor que la de éstos con el telescópio?

Algunas de las bacterias son tan menudas que caben más de mil en un milímetro, y para percibirlas, aun con buenos aparatos ópticos, hay que teñirlas de anilina para que su refringencia luminosa se diferencie de la del medio que las contiene. Su estudio se prosigue luego por fotografía y en los retratos que se les sacan es donde ha llegado á notarse que otras están provistas de apéndices ciliares de que se valen para moverse con rapidez pasmosa buscando, sin duda, la postura en que puedan inferir mayor daño.

De la linfa del Dr. Koch he dicho ántes que un solo milígramo de ella basta muchas veces para producir los más notables y aun dañosos efectos; pero todavía hay que tener en cuenta que, segun el mismo Koch, en el fluido en cuestion apenas hay un milésimo de sustancia activa, de modo que la energía de ésta viene á hacerse sensible, y de la manera, en ocasiones perniciosa, que he indicado ántes, con el uso de ¡un millonésimo de gramo!

Y despues de todo, el nuevo sistema no tiene realmente, hasta ahora, fundamento sólido, ni en el concepto experimental, ni en el científico ó filosófico; quiero decir, no tiene fundamento de más solidez, que la necesaria para soportar un buen caudal de lijeras esperanzas.

Nadie ha podido garantizar á estas fechas la curacion definitiva de los casos tratados con buen éxito; y lo mejor que puede decirse de la linfa maravillosa, lo dice uno, y tal vez el más práctico, de sus partidarios, el doctor Koehler, cuyas tres conclusiones no he de dejar del todo sin comentario.

Dice el Dr. Koehler:

1.° Que el líquido de Koch facilita el descubrimiento de depósitos tuberculosos incipientes, aun en casos en que su existencia no ha sido sospechada.

Esta afirmacion se funda en la creencia de que la linfa, en pequeñas dósis, no hace efecto alguno en el cuerpo sano, mientras que, yendo derecha é inmediatamente á buscar las partes afectadas de tuberculosis, las irrita y las inflama y denuncia su existencia. Pero como ahora va teniéndose noticia de casos en que las inyecciones de ritual no han producido absolutamente efecto en enfermos que reconocidamente padecian de esa perturbacion, ¿qué seguridad de diagnóstico queda, por lo ménos en cuanto á la cantidad que para hacerlo haya de emplearse?

2.° Que es un medio seguro de diagnóstico diferencial en casos en que concurren otras dolencias de apariencias iguales ó análogas á las de tuberculosis.

El fundamento de esta conclusion está en el hecho de que tampoco en cuerpos enfermos de enfermedad que no sea tuberculosis, produce efecto alguno la linfa del Dr. Koch; pero tambien le es aplicable la objecion que apuntado deja.

Y 3.° Que aun cuando no lleguen á obtenerse los grandes beneficios esperados, principalmente por el público en general, del método del Dr. Koch, el descubrimiento de este debe ser considerado como uno de los más importantes que hayan podido hacerse jamás en medicina.

Esto, esto precisamente es lo que se trata de demostrar, señor Koehler: para demostrarlo es para lo que cabalmente se están llevando á cabo experimentos en muchas capitales de Europa.

Es cierto que en el cuerpo sano ó que no padezca de tuberculosis no producen efecto alguno pequeñas cantidades de linfa; pero como aumentada la dósis, se obtienen muy pronto los conocidos efectos generales de febril naturaleza, ¿hasta cuando y con qué resultados va á estarse inyectando ese veneno para saber si el *caso* padece ó no padece de tuberculosis?

Ahora, por lo que toca á los fundamentos filosóficos del sistema, ¿qué quiere decir eso de que la linfa del Dr. Koch no ataca ni hace daño alguno á los bacilos? ¿No habíamos quedado en que son estos la causa de la perturbacion? Pues ¿qué clase de remedio bueno es ese que deja vivo y coleando el origen del mal? No cabe duda; aquí hay algo que no se explica bien.

La linfa, esto lo dice el Dr. Koch, no influye directamente en los bacilos alojados en los tejidos enfermos provistos de vitalidad; lo que hace es modificar, matar estos tejidos; y en cuanto á los bacilos que pueda haber en las porciones muertas de los tejidos, en esos ni directa ni indirectamente influye la linfa, porque en estas porciones no hace efecto alguno. Por lo tanto, ¿qué es de esos bacilos que el remedio deja incólumes encima de tubérculos divididos y desmenuzados, á estilo de focas ú osos blancos alojados ne pedazos desprendidos de las grandes masas de hielo? Y si al fin esas porciones de tejidos muertos son absorbidas gradualmente, como los témpanos lo son por la mar, ¿adónde van y en qué paran los bacilos? Nadie lo sabe; pero se supone racionalmente que serán de nuevo focos de infeccion; y de aquí la necesidad reconocida de expulsar de la economía el tubérculo curado, esto es, el tubérculo muerto con sus bacilos vivos. En resumidas cuentas, *coji li pulgui*, etc. Hasta ahora esto es lo positivo.

Véase, pues, si no hay motivo todavía de tomar á beneficio de inventario todo lo de los microbios, y de desear que los profesores, puesto que la generalidad de los curiosos no ha de iluminarlos ni ayudarles en nada, continúen sus estudios y experimentos en el secreto del laboratorio ó del anfiteatro, hasta que, sin exponer sus investigaciones á bruscos y contrarios movimientos de la opinion pública, puedan anunciar clara y fundamentalmente los resultados de aquellos grandes trabajos, desvelos y aun peligros á que les lleva la más noble preocupacion del sábio; defender contra ciegas, poderosas y ocultas fuerzas naturales la vida y la salud del hombre.

E. RUIZ DEL ARBOL.

SANGUINARIA NIVALIS

Dicen que hay una flor que entre la nieve
abre sus tiernas hojas;
gotas de sangre, sobre blanco lino,
parecen sus corolas.

Así en mi helado corazon, los gérmenes
de su cariño brotan:
¡Como hay flores que brotan entre nieve,
hay amores que viven en la sombra!

JOSE S. HERREROS.

AL SR. BALART

(EXTRAVAGANTE.)

Ilustre y respetable maestro: Califico esta carta de *extravagante*, porque lo es con relacion á la série de las que escribo á mi querido amigo Tomás Tuero, el cual no tomará á descortesía que interrumpa mi correspondencia con él, para acudir cuanto ántes á contestar á quien él y yo consideramos muy superior por edad, dignidad y gobierno.

Extravagante es esta, pues voy á tratar del asunto anunciado en mi última á Tuero, como inmediato: la *sustantividad* del arte bello, ó mejor, del arte de producir belleza (que no es lo mismo); pero voy á hacerlo interrumpiendo el órden del discurso comenzado, por exigirlo así el honroso incidente de tener que contestar á las objeciones de usted; por todo lo cual, bien puedo usar de esa palabra, que viene á ser técnica, por ejemplo, en las colecciones canónicas

I

Ante todo, me pesa que, por culpa del correo, sea la primer ocasion que tengo de dirigirme á usted inmediatamente, esta en que, al fin y al cabo, aunque yo le he de llevar á usted bajo pálio, como se merece, se trata de polémica, de «si dije ó si dijiste», de materia de opiniones; todo lo cual trae consigo algo de frialdad, y hace que, á lo ménos oportunamente, no pueda yo mostrarle á usted lo mucho que su *actual posicion* literaria me embaraza y aun me entusiasma. De estas cosas de sentimiento, de intimidad, hasta de inefable misterio, le hablaba hace meses en un artículo dirigido á *El Globo* con este título «Balart» y que *estaba inspirado* en un soneto de usted que, en mi opinion, es una de las mejores poesías escritas en castellano. Más ¡ay! que mi artículo se perdió en el camino, se perdió de veras, con harto sentimiento mio y del director discretísimo de *El Globo*, que me manifestó su pesar en una carta llena de recuerdos para el antiguo colaborador ilustre del periódico nombrado.

De tales cosas trataba yo en aquel artículo... *prerafadista* (no por moda, bien lo sabe Dios), que ahora, pensando en ello, se me ocurre que tal vez valió más que se perdiera. Y he de advertirle que si, como me permito suplicarle, usted publica una coleccion de sus poesías, ántes de decidirme á hablar de ellas he de vacilar mucho, por miedo de profanar, aun con el exquisito cuidado de un profundo respeto, ideas, sentimientos que son, en el sentido del derecho romano, verdaderamente *santos*.

Porque es el caso, Sr. Balart, que usted y yo como *críticos* (subrayo por la parte que me toca), podremos no llegar á entendernos, ó llegar á no entendernos (que es más probable); pero como poeta, usted, y yo lector, créame que le entiendo del todo. Y nada más de esto.

II

Y ahora empiezan las agrias. Al principio, y, aun más, al final de su carta publicada el 22 de diciembre, lúnes, en *El Imparcial*, hace usted sincero y noble alarde de su modestia, contra el que nada tendria que decir si no me tomase usted á mí por unidad de medida para la pequeñez, y polvo y nada en que usted quiere sumirse. Con lo que, sin querer, por supuesto, de camino que se humilla cristianamente, me pone á mi en ridículo. No busca usted la ironía de la antífrasis (sería eso indigno de un Balart, en este caso), pero resulta, sin que usted quiera, por la exageracion de su medida. Y si no, juzguen los lectores de LA CORRESPONDENCIA. El Sr. Balart se llama profano en materias de estética y dice que «aunque todavía le venga ancha la calificacion, se mete en docena con esos ignorantes *hombres de mundo* á quien usted (yo), *hombre de cláustro*, tan magistralmente zarandea.» Aquí parece que el Sr. Balart no solo juega con el vocablo (*cláustro*, como opuesto á *mundo*, y como *cláustro*... universitario), sino que juega conmigo.

Ya sé que no es su propósito, lo repito, pero repito tambien que lo parece.

Ha dicho un autorcillo, Sr. Balart, que bien pude haber sido yo mismo, que la excesiva modestia de los grandes puede perjudicar á los pequeños, con quien aquellos quieren igualarse. Suponiendo que el sol, por modestia, se empeñara en salir de noche, el mal sería para las estrellas.

III

Y vamos ya al grano. Voy á procurar yo tambien ser modesto, á mi manera; y por no plagiarle á usted el procedimiento, en vez de encomendar á la retórica, por sútil y disimulada que sea, la demostracion de mi modestia, voy á encomendársela á los hechos.

A todo polemista una de las cosas que más trabajo le cuesta confesar es que el adversario tiene razon. Pues bueno. Haremos un esfuerzo. Aquí una pausa. Ya está. D. Federico, tiene usted razon. Pero, entendámonos. No quiero ser hipócrita. Tiene usted razon en algo, no en todo. Y ahora, es claro que el instinto de conservacion del amor propio me hará ir procurando que usted tenga razon en lo ménos posible, y que lo demás quede para mí.

No se ha explicado usted mal. Tampoco lo he entendido yo mal. Ni tampoco ha habido por mi parte mala fé cambiando sus conceptos al referirme á ellos. (Esto último lo creerá usted sin que se lo jure.) Ha habido lo siguiente: yo al escribir mi carta segunda al Sr. Tuero, y poner por ejemplo las ideas y afirmaciones de usted, no tenia presentes los artículos de referencia, ni manera de recobrarlos; de suerte que tuve que fiarme de la memoria; y en ésta, más que las palabras de usted, quedó lo que yo juzgué el espíritu de su pensamiento. Y en este punto he de insistir, con permiso de usted, despues de darle la razon en lo de la letra, por lo que se refiere á uno de los párrafos que usted invoca como texto.

Si no fuera por aquel *de suyo tan clara*, que yo no recordaba, porque al leerlo no me llamó la atencion (por lo que diré más adelante), si no fuera por esas palabras que usted copia ahora con fruicion y con letras gordas, tenia yo razon completamente. Es que usted ataca la sustantividad del arte, insisto, y digo que la ataca de nuevo en la carta que me dirige; pero no es esto lo que me importa por ahora.

Yo creia, y sigo creyendo, que no dá usted un valor científico, ni aun á lo que usted mismo piensa, respecto del fin del arte; lo cual no impide que llegada la ocasion mantenga con ahinco sus ideas, sin darlas por científicas, pero dándolas por ciertas. Y si usted repasa mi carta segunda á Tuero, verá que eso era, en suma, lo que yo le atribuia.

Debo hacerle notar que la impresion que yo habia sacado de sus escritos recientes acerca de sus ideas sobre nuestro asunto, no tenia por única

Ministerio de Cultura

fuente ese tercer artículo de su excelente estudio sobre *La poética de Campoamor*, sino que algo por el estilo habia escrito, y ya habia aludido á ello en otra ocasion, en su generosa y bella apología del simpático poeta que escribió *De los quince á los treinta.*

Pero todo esto importa poco, toda vez que yo no lucho por la letra, y que me basta para mis probanzas, no ya con lo que usted escribió antaño, sino con lo que acaba de decir al rectificar sus palabras.

Reincide Vd: en lo que tengo por defecto—muy generalizado por cierto. —de sentar categóricamente sus afirmaciones, sus *opiniones* mientras las sostiene, pasando de la demostracion de que *así piensa usted hoy por hoy con necesidad* (esto seria lo legítimo) á pretender demostrar que las cosas son como usted opina (lo cual es muy diferente): y despues de esta verdadera precipitacion, cuando pasa la hora de *defender* sus ideas, cae usted, como tantos otros, en ese casi escepticismo ó casi agnosticismo que yo censuraba. Y allá van textos que lo prueban. Es claro que esos textos contradicen los otros, por ejemplo aquello de *ser tan claro de suyo*; pero en eso precisamente está la verdad de mi objecion, en que se contradiga usted como tantos otros, diciendo que es de suyo muy clara la cuestion y su solucion (la defensa del arte) y despues sentando nada, menos que como una consecuencia de su argumentacion, lo siguiente: «De lo dicho resulta:

«Que en arte, como en todo, menos en matemáticas, hay diversidad de opiniones.»

Aquí el arte significa, es claro, su filosofía, que es de lo que se trata. Luego se ve que usted no admite que en ciencias, que no sean las matemáticas, haya verdades adquiridas y no sugetas á opiniones. Usted ve en las verdades matemáticas un carácter de necesidad lógica que no se vé en lo demás, en la estética, por ejemplo. ¿No hay *ciencia* estética, verdadera ciencia, cierta, evidente, sistemática? Segun usted no, porque su materia está sujeta, hoy por hoy al menos, á opiniones. Y es claro que usted no alude á las *opiniones* que puede haber, por culpa del sujeto, contrarias á la verdad misma científica. En matemáticas hay quien se equivoca, quien ve mal, y este error del sujeto es una opinion, lo cual nada dice contra la verdad evidente matemática (que usted reconoce, más eso es otra cuestion). Me concederá usted que no es en este sentido, en el de opinion errónea contraria á la verdad (verdad que el sujeto puede siempre encontrar, rectificando su concepto ejercicio ó raciocinio) en el que usted emplea la palabra al decir que el arte está sujeto como todo á *opiniones*, sin más escepciones que las matemáticas. De otro modo, que para usted la idea de cantidad no es opinable, ni sus deducciones tampoco; pero es opinable la idea del arte, la de lo bello, todo lo demás. Entonces ¿qué queria usted decir al asegurar que era *tan clara* la cuestion del *objeto* (fin supongo yo que usted ha querido decir, pues así se desprende de todo lo demás) *del arte?*

No cabe duda que usted usa aquí la *claridad* en un sentido trasliticio, para significar la verdad sabida como tal, cierta; porque si no podia ser la cuestion clara, es decir, saberse bien cuales son sus términos, y sin embargo, no conocerse su solucion cierta. Cuando el sofista se refiere al problema de la certidumbre es la cuestion clara para él; sabe y sabemos todos con perfecta claridad á qué se refiere; pero lo que él dice es que no sabe resolver la cuestion, porque... v. gr. *el hombre* (cada hombre) *es la medida de todo.* No es pues en este sentido en el que usted usa ahí la palabra *clara*; quiere decir, no que se entienda de qué se trata, sino que hay una solucion cierta para ese problema. Porque si no la creyera cierta (pongamos *clara* como usted) ¿porqué habia de entretenerse usted en sostener una opinion cualquiera, de error poblada como tantas otras? No, usted defiende la solucion que juzga *clara*, es decir verdadera... y luego resulta que todo es *opinable* menos las matemáticas.

Vea usted, cómo y por qué yo, fijándome sobre todo en el sentido general de su crítica, habia olvidado ese inciso de la *claridad*, único que contradice mi aserto (y todos los demás de usted acerca de este punto) respecto de la cualidad de no-científico que da usted al conocimiento estético... á pesar de defenderlo como cierto llegada la ocasion de sostener sus opiniones.

Tomé, sin duda, lo de *ser tan claro* como frase expletiva. No lo es en el párrafo que usted me cita, pero sí viene á resultar *obra muerta*, comparada con la tendencia general de su crítica de usted que tiene indudablemente las contras de *agnesticista* en lo esencial en la cuestion de la certidumbre de su doctrina.

Pero hay más, Sr. Balart. En otros pasajes de su misma carta se confirma lo que mantengo. Al final dice usted (despues de haber sostenido la sustantividad del arte): «En caso contrario, si sometida la cuestion *á más señores* se acuerda la incompatibilidad de mi doctrina con la sustantividad del arte, la sentiré por la sustantividad, y procuraré ir viviendo sin ella como Dios me dé á entender.»

Sin duda tiene gracia esta salida, es ática, pero... en hombre tan serio y leal como usted, no se concebiria tal burla, tal indiferencia respecto de una *verdad científica*, si por tal tuviera la que por *tan clara de suyo* considera en el texto que me echa en cara.

¿Es que el Sr. Balart decide vivir *contra* los resultados científicos y negar la verdad como Dios le dé á entender? No. Demasiado sabe él que la verdad es una, ó tal pensamos, y que todas las verdades son igualmente respetables, sean del color que sean. Como *verdad* no es más sagrada la que se refiera á un objeto divino que la que se refiere á un objeto finito.

El Sr. Balart no pretende despreciar la verdad relativa á la sustantividad del arte, porque el asunto de esta verdad sea de menos importancia que el de las verdades religiosas, por ejemplo... el Sr. Balart desprecia *eso* de la sustantividad, en definitiva, porque no cree que sea la verdad, ni se puede averiguar que lo sea lo que otros hombres puedan decir sobre el caso. Es que el Sr. Balart vé á lo largo con verdadero agnóstico estético.... menos cuando se enfrasca en la defensa de tal ó cual opinion parcial *precientífica*, segun la conducta corriente de los agnósticos, segun en la carta segunda á Tuero tengo dicho.

Pero todavía hay más. En rigor, con el mismo texto que el Sr. Balart invoca yo podria defender lo que habia dicho de él y de sus opiniones.

«Cuestion interminable, si las hay (decia usted) es la relativa al objeto (¿fin?) del arte.»—Si es cuestion interminable, es que en concepto de usted no se ha encontrado solucion racional para ella, ni se puede encontrar. ¿Quién se atreverá á llamar cuestion interminable la relativa á una verdad que se tiene por adquirida? Un buen hablista solo puede llamar cuestiones *interminables* aquellas para las que no ve solucion que la razon de todos tenga que acatar. Verdad es que despues viene lo de *clara de suyo*, que yo habia olvidado, y no es extraño, porque pugna con lo anterior, y con todo lo demás que antes hemos visto.

Pero, más aún, en rigor tambien, lo de las oscuridades, y el mucho papel escrito y la claridad que usted ve, ¿no podia entenderse que aludia á la cuestion en sí como tal cuestion, no á á la solucion misma?

Y último argumento en favor de mi tesis, á saber, que usted no mantiene principios que tenga por fijos, ciertos, sistemáticos en esta materia. ¿Cómo un hombre de tanto talento, en asunto que considerase científico en conciencia, sabido por él con certeza, habia de contradecirse como usted se contradice al hablar de la sustantividad del arte, que unas veces afirma y otras niega?

«Pruébeme usted que me contradigo en ese punto,» me dirá usted.

Nada más fácil, respondo. Y vamos á verlo.

IV

Sostiene usted, Sr. Balart, que no he negado la sustantividad del arte, y añade que la doctrina que combatia era la del arte útil.

En efecto, usted sienta la teoría de... ¿de qué? si el arte no es útil será inútil. Admite usted eso, ¿la inutilidad del arte? No, usted cree que eso es un anzuelo sin carnada, usted quiere carnada en el anzuelo del arte... ¿No ha dicho, como alegrándose de ello, como asintiendo á esa tendencia, que iba de capa caida la teoría del arte por el arte? Sí, lo ha dicho, al dar la razon en este punto á Campoamor entre los que le combaten, por ejemplo, Valera.

Pues es el caso, Sr. Balart, que yo tambien creo que el arte es necesariamente útil... pero no dando á la utilidad el sentido que se le dá generalmente al distinguir lo *bello* de lo *útil*. Para mí la relacion de medio á fin es la relacion de utilidad, en cuanto se trata del medio como el adecuado, el único. Así como de un punto á una recta no hay más que una perpendicular (y hay infinidad de oblícuas que se acercan á la perpendicular hasta confundirse con ella para nuestros limitados sentidos, no para la razon), así para un fin no hay más que un fin, no hay más que un verdadero medio *ideal*, *geométrico*; ese es el medio *útil*, *perpendicular*; en todos los demás sobrará ó faltará algo, aunque nuestra finita prevision no advierta la diferencia.

Esta es la idea de utilidad antes de todas las acepciones especiales en que se usa vulgarmente. En tal sentido, el genérico, la belleza tiene utilidad, los medios bellos son los únicos *útiles* para tal fin; no solo pueden ser bellos y útiles, sino que son útiles, los únicos, porque son bellos. Pues el arte de lo bello lo mismo. Todo medio artístico es útil... para el fin artístico, que es producir belleza.

Para satisfaccion de mi conciencia y de mis escrúpulos tecnológicos, conste eso; que en adelante cuando yo diga que *el arte no es útil*, no es en el sentido que dejo indicado, sino en el usual.

¿Será que el arte no es útil... para las demas cosas? Distingo. Es una abstraccion desprovista de toda realidad, considerar algo del mundo aisladamente ante todo; todo en la realidad se dá primero con lo demás, y al verlo primero separado, es cosa nuestra, no de la realidad misma, que pudiera decirnos: «Con quien vengo, vengo.» Por esto no hay nada en el mundo que no esté condicionado por algo distinto de ello y que á su vez no condicione otras cosas. De otro modo, con relacion á nuestro objeto: nada es en sí *mero fin;* es fin segun el modo de la consideracion; es medio, de seguro, en otras relaciones.

En este concepto, dice usted, y dice bien, y podemos decir todos, que el arte, sin dejar de atender, ante todo, á sí mismo, á su fin propio, producir belleza, es medio para otras cosas (v. gr., edificacion del espíritu, educacion, consuelo, etc., etc.)

De esta manera no hay inconveniente en considerar el arte como medio, como útil todavía, y, por tanto, como útil en sentido trascendental, que de él pasa á otra cosa. En este sentido, el poema que despierta la piedad del creyente no es ménos arte *bello-útil*, que la catedral que le alberga y le sirve tambien de sugestion para la idealidad religiosa. Y, sin embargo, el poema, y con razon, es obra de las llamadas puramente bellas, y la catedral, arquitectura, de un arte llamado, con razon, *bello-útil.*

¿En qué se funda esta distincion, legítima, á pesar de lo dicho? En lo mismo en que se funda la negacion de que sea el arte útil para las demás cosas en otro sentido que nos queda por examinar, y en el cual creo yo que pueden verse las confusiones de usted, que dan ocasion á sus contradicciones.

En el moral, decíamos, no hay nada que solo sea fin; pero tampoco, hay que añadir, hay nada *real*, *sustantivo*, que sea puro *medio*. Estamos en el núcleo de la cuestion de la sustantividad —por lo que toca á su relacion con la cuestion de la finalidad.—El arte (por razon de su objeto, la belleza) no es sustantivo así, como por una gracia especial (para que los *parnasistas* puedan ser unos bohemios sin escrúpulo de conciencia, por ejemplo). Es *sustantivo*... porque tiene la *dignidad* de su sustantividad. Lo mismo le pasa á la verdad que á la belleza, v. gr.

Luego, ¿qué es lo que no cabe? Considerar el arte como medio; como si su razon de ser comenzara en *servir* para otros fines.

Es que yo no digo eso, dirá el señor Balart. Ciertamente, no lo dice usted unas veces, y hasta lo niega naturalmente. Pero, cuando se trata de juzgar las obras de arte, usted declara... que las juzga por sus *frutos* no artísticos. Es como si midiéramos un camino con una medida para líquidos ó áridos

¿Qué diría el Sr. Balart, si, tratándose de un jurado para premiar la virtud, se adjudicára el premio á la chica más guapa, por serlo, ó al mejor mozo? Pues lo mismo que si, tratándose de belleza corporal, se adjudicára el premio á un jorobado que hacía muchas limosnas.

Y eso es, ni más ni ménos, lo que el Sr. Balart declara que hace y piensa seguir haciendo en materia de arte.

Los textos del Sr. Balart, en la misma carta que me dirige, abundan, y pueden cogerse á granel, para confirmar las contradicciones suyas.

El niega que el arte sea útil (en el sentido de ser arte todo medio, y como un medio apreciado ante todo), y, sin embargo, dice:

«*Expresando mis gustos* (sus *gustos* nada más; ¡y la *cosa era tan clara de suyo!) sin imponerlos á nadie*, ahora como entonces mando enhoramala al arte *si* no ha de ser un alivio de nuestros pesares... si no ha de ser un puntal de nuestra fé, «un estímulo de nuestras esperanzas.»

¿Y no es esto exigir del arte que sea útil? ¡Pues si se le pide nada ménos que ayuda para la salvacion del alma, y para no desesperarse en las luchas de la vida!

No, y que el Sr. Balart lo hace como lo dice. Reserva su preferencia, el *premio*, para las obras de arte que le den fé y esperanza. Por este criterio se guia al juzgarlas. En igualdad de circunstancias (pues es claro que de esto se trata; ya sé yo que no vá á llamar poeta al Sr. Carulla el Sr. Balat, nada ménos que por la buena intencion del ilustre zuavo), en igualdad de circunstancias tendrá por obra mejor, mejor *artísticamente*, se entiende, la que le inspire amor al prójimo, v. gr., que la que no se lo sugiera, y por mucho mejor que la que le inspira misantropía...

Pues bien, Sr. Balart, eso podrá ser legítimo (ya veremos que no lo es), pero es negar por redondo la sustantividad del arte, es declarar lo *útil*, mera utilidad en lo fundamental, un medio ante todo. Si el gran arte, el que más se acerca á su ideal, á la perfeccion, trae consigo esas *utilidades*, y el que no las trae, es inferior, se aleja del ideal, eso significa que el arte perfecto, en su plenitud, es el arte útil ante todo; no útil, es claro, para meterse algo en el bolsillo; útil para ver á Dios... lo que usted quiera; pero *útil.*

Casi estoy seguro de que al llegar aquí se pregunta usted: ¿Cómo un hombre que se tiene por religioso, cual este Clarin, deja de ver que es algo contrario á la piedad lo que dice? ¿Como no caber la suprema belleza del arte en el *resultado* de hacernos amar á Dios?—Mi piedad, respondo, nada padece con eso; yo tambien, Fulano de Tal, por condiciones *subjetivas*, gozo más, pero no en pura estética, sino como idealista, como *creyente*, cuando de la lectura de un gran poeta *salgo* con más fortaleza de ánimo para amar y creer. Pero no por eso digo que vale más Manzoni que Leopardi, Milton que Byron.

Un hermoso simil del Sr. Balart nos hace ver gráficamente su palmaria contradiccion. Dice él:

«Cuando encendí poco há la lámpara que tengo sobre la mesa, no buscaba calor, sino luz para escribir esta carta. Pero por su influjo ha subido un grado el termómetro de mi aposento.»

Muy bien; el calor, que no era el fin, es consecuencia de la luz.

Pero si usted tiene que dar un informe sobre la clase de luz que mejor alumbra, no dirá usted que es la que más calienta. Una buena chimenea calienta más que una lámpara eléctrica y alumbra mucho menos.

Y sin embargo, usted juzga las obras de arte—la luz—por los resultados subjetivos (1) (esta es otra) que causan en usted; por el *frio ó calor* que le producen. Las luces que no le dan *frio ni calor* no las aprecia, en cuanto luces, tanto como las que le calientan la cabeza.

Puede haber motivos particulares para calentarse á la luz de un quinqué, pero esto no debe influir en el juicio que formamos acerca de la intensidad de la luz.

Me parece que no violento la argumentacion de usted, pues que me valgo de sus mismas comparaciones.

Y, siguiendo en la de la luz y el fuego, que es muy fecundo, advierto que lo que usted tendria que probar, por no contradecirse, era que las *mejores luces* eran las que más calentaban.

Claro es que respecto de la luz y el calor no podria usted demostrar eso, ni hace falta.

Pero, ¿podria demostrar que eran mejores obras artísticas aquellas que edificaban más?

Lo que podrá usted decir legítimamente es que, por el estado actual de su ánimo, prefiere para sus *fines particulares*, no artísticos, las obras bellas que le inclinan, á pensar y creer y esperar en las cosas altas, en el órden del mundo, en el misterio que se esconde detrás de lo fenomenal.

No querrá usted ser un Protágoras de la estética, no sostendrá usted respecto de la belleza artística lo que el sofista griego respecto del criterio de la verdad; no dirá usted que cada cual es la medida del valor artístico, sino que reconocerá un *canon*, una ley objetiva á que todos racionalmente hemos de atenernos al juzgar de un modo desinteresado.

De otro modo, cuando usted dice que son obras más bellas las que inspiran religiosidad, por ejemplo, entiendo que esto deben pensarlo todos, y así debe ser para todos ante la razon. Si usted entendiera que solo se trataba de usted mismo, de algo que le era peculiar, no expondria tales ideas en un artículo de crítica, sino al escribir su autobiografía.

Pues si usted entiende que para todos debe ser el arte mejor, más bello, el que nos dá fé y esperanza y encamina al reconocimiento de un orden, condicion de todo humano progreso, deja usted fuera de la humanidad *estética*, capaz de gustar y reconocer el arte en su expresion perfecta á todos los que... no tienen ideas, y hasta creencias, metafísicas como usted. ¡Ahí es nada! Con los resultados que usted pide al *gran arte* hay para hacer todo un programa de escuela religiosa, metafísica y hasta política.

Supone la teoría de usted nada menos que la creencia en la unidad del mundo bajo una conciencia divina; supone el progreso, la finalidad histórica, y como causa, la relacion de lo humano á lo divino en las formas *clasicas*, tradicionales, de la religion, etcétera, etc., etc. Todo eso es muy santo, y muy bueno, pero es una imposicion arbitraria para los muchos, y algunos muy dignos de atencion, que niegan todo eso ó parte de ello, y sin embargo, son tan capaces como el primero de gustar y comprender la belleza y la belleza artística especialmente.

A más, algunos de esos señores le dirán á usted que ellos tambien se sienten trasportados *á un mundo mejor* por medio del arte, y sienten la *belleza*, lo *aparente* de la religiosidad, de la idealidad, etc., etc... solo que además creen saber que todo ello no es más que una dulcísima ilusion, consoladora, pero ilusion. El *fondo extrartístico* no importa para el resultado artístico; ellos disfrutan tanto como usted de su belleza, porque la diferencia entre usted y ellos no tiene nada que ver con el arte. Usted dice que aquello que *aparece*, además es. Ellos dicen que no: y la diferencia de que aparezca y además sea, no añade nada al valor de la representacion artística. En este sentido, el arte no tiene nada que ver con la verdad; le basta con la verdad propia, que es la realidad de la belleza de la representacion, como nada tiene que ver con lo *bueno* de que usted habla (y supongo que será lo *bueno moral*, ético); pues tambien le basta con su propio bien, que consiste en ser, al realizarse, conforme á su naturaleza, á lo que debe ser.

¡Y que no niega usted la sustantividad del arte! Sí, por completo, insigne maestro.—Con su teoría de usted no se comprende la profundidad de aquel pensamiento de un gran filósofo pesimista: «La musica nos habla de un mundo que no existe... pero que debiera existir; del mundo... como debiera ser.»

De la sustantividad del arte, no profanada ni aun con la más piadosa intencion, nace, Sr. Balart, una hermosísima especie de *caridad para el espíritu*, que nunca como en los tiempos modernos puede ser eficaz y oportuna.

La moralidad, esa otra *independencia* que hoy guía á los hombres por encima de todas las luchas de ideas, está en pura filosofía más amenazada que el arte. Hay quien como Fuillée—(maestro de ese Guyau á quien usted ha leido, y me alegro por lo que verá usted otro dia)—niega valor filosófico á todo criterio de moralidad históricamente descubierto hasta ahora; se lo niega el mismo imperativo categórico de Kant, y aunque él aspire á fundar ese criterio para *en adelante* (merced á las *ideas fuerzas)* lo que es para *lo vivido* piensa que haya habido hasta ahora fundamento racionalmente señalado para la moralidad.

A semejante audacia nadie ha llegado en el arte, porque la verdad de la belleza (natural ó producida, reflexiva y *hábilmente)* no cabe negarla, se impone, como se imponen los juicios apriorísticos; se impone por lo mismo que no es más que un *aparecer*, que es indiferente al fondo. De otro modo, lo bello y su efecto es eternamente *un hecho.* Si el mundo fuera sueño, si el mundo fuera creacion de la voluntad, la belleza, como tal, habria sido absolutamente lo mismo que puede ser añadiéndose á ella que la realidad que representa existe.

Solo se comprende lo que es la belleza y lo que es al arte cuando se llega á verlos á esta luz, y sin miedo de que esto sea impiedad, ni escepticismo, ni siquiera criticismo kantiano.

¿No se le ha *desvanecido* á usted nunca, en sus horas de pena ó en sus horas de meditacion, que suelen ser las mismas; no se le ha *desvanecido* la realidad, como en un desmayo del espíritu; no ha sentido usted esas parálisis del alma que sentia el mismo Ligorio, que sienten todos los místicos? Y en tales momentos, en tales horas, una música que suena, la voz de un Gayarre, la armonía de una orquesta, ¿no despertaban en su ánimo la conciencia de lo bello, libre, independiente, hermoso *quand même?* Tal vez usted, por esa belleza sentida y contemplada, volvió al *amor del mundo*, á la *fe en la realidad*... pero otros no vuelven; otros que gozan y sienten y piensan tanto como usted ante la sugestion de aquella voz, de aquella orquesta, de aquel poema ó lo que sea; otros que tambien son prógimo y tambien hijos de Dios, no tienen más consuelo, no tienen más iglesia, no tienen más hogar para el alma que esa *apariencia*, que esa revelacion de lo que hay... ó no hay, segun ellos. ¡Dejémosles este asilo, por caridad, y porque así lo exige la naturaleza de los casos!

Sí, la *sustantividad del arte*, esa palabrota que parece cosa de catedráticos, tiene tambien su aspecto grande, de aplicacion inmediata á los más sagrados intereses de la vida. No se burle usted de ella. Y usted, tan caritativo, tan generoso, tan bueno, no confunda estos *dominios neutrales* de creyentes y no creyentes, todos hombres, con las *odas funambulescas* y los juegos de cubiletes de las *rimas ricas* de Banville. Y si ve, por ejemplo, una noche, en una butaca del Real, un hombre triste, que usted sabe que no cree nada, que no espera nada, y sorprende en sus ojos una lágrima vergonzante que arrancó el genio de Mozart ó de quien sea, respete en aquella lágrima la caridad misteriosa de la poesía, limosna perfecta, porque no se sabe de donde viene; y respete en aquel efecto de la belleza musical la *sustantividad* del arte.

V

Y voy á concluir, aunque apenas he comenzado. Si usted quiere ver más detenidamente mi doctrina, siga leyendo, ya que me honró examinando las anteriores, las demás cartas que yo escribiré al Sr. Tuero. Así como esta es una digresion de mis observaciones al citado amigo, lo que á él continuaré diciéndole será, en parte, complemento de la que á usted hoy le escribo.

Y ya no me queda espacio para contestar á ciertos reparos que usted ponia á algunas ideas y palabras mias, reparos que no entraban directamente en nuestra principal materia.

Solo apuntaré la principal de mis rectificaciones correspondientes.

Piensa usted que al decir yo que «el arte de habilidad *exclusivamente*» habria dejado escapar el adverbio sin

(1) Empleo esta palabra aquí en un sentido corriente pero no exacto.

2009 Ministerio de Cultura

fijarme. No, señor, lo repito, habilidad xclusivamente. Pero es que sucede con la *habilidad* lo que con la *utilidad*; usted le dá el sentido corriente, que es especial, yo el puramente técnico en la filosofía del arte (no arte estético, de todo arte). Esta es cuestion de palabras. Ya lo verá usted en mis demás cartas á Tuero.

En cuanto á que yo desapruebo la conducta de los parnasistas que se aislaban del mundo, etc., etc., contesto que esto nada dice contra el fin del arte *sustantivo*, porque no se trata de las obras artísticas, sino de las que hacen ciertos hombres, que son artistas, pero de lo que hacen como hombres. Yo artista, v. g., haré mal en no contribuir como ciudadano, y aun con mis poemas, dramas, etc.., á la cultura de mi pueblo. Si pido que el artista *sea político* no niego con esto el fin directo del arte que ha de ser lo bello mismo. No creo que sea necesario insistir más en explicar este punto.

Cuando vuelva á tratar estas cuestiones (la de la habilidad, simplemente) volveré á referirme á sus reparos. Y no le pido perdon por tanta prosa... porque no lo merezco.

Su admirador, discípulo y amigo que besa su mano,

CLARIN

CARTA SEMANAL DE LÓNDRES

Dos semanas de angustia lleva ya pasadas en su celda la infeliz condenada á muerte, Miss Whecler, cuya ejecucion debe tener lugar el 23 del corriente, á menos que no se consiga la conmutacion de la pena, lo cual no seria imposible, á juzgar por el empeño con que el público ha tomado el asunto de la conmutacion, si bien yo lo dudo.

Dos circunstancias han influido en favor de la sentenciada. Es la primera que al seguir negando, como el primer dia, su participacion en el crímen, son muchas las personas que abrigan dudas acerca del particular, y al recordar el acento de conviccion con que la condenada dijo «¡soy inocente!» prorrumpiendo en amargo llanto, temen que, en efecto, pudiera ser inocente, aun cuando no lo parezca, pues tambien la justicia se equivoca, como acaba de evidenciarse precisamente en estos momentos en que se ha puesto en libertad, proclamando su inocencia y rehabilitándole, á un infeliz que ha sufrido 25 años de trabajos forzados... siendo inocente!...

Esta circunstancia podrá influir en favor de Miss Wheeler. La segunda es que no hace mucho se concedió la conmutacion de pena á otra reo *convicta*, pero no *confesa*, del crimen de haber envenenado á su marido con el veneno de los papeles para matar moscas, que contienen arsénico.

Las apariencias eran tales que parecian evidentes; sin embargo, no se habia *probado* que ella fuera quien suministrase el veneno, y por esta consideracion se le conmutó la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad.

Una larga experiencia ha demostrado que *ni uno solo* de los sentenciados á muerte insisten en sostener su inocencia despues de haber pasado unos cuantos dias sabiendo la sentencia y de oir á los sacerdotes que los preparan. Los más empedernidos acaban por confesar, y, sin embargo, Miss Wheeler insiste, al cabo de más de dos semanas, y jura y perjura que es inocente.

Agrégase á esto que se ha demostrado que Miss Wheeler padece accidentes epilépticos y alucinaciones, y este nuevo dato ha favorecido extraordinariamente á su defensor, que ha desplegado una actividad prodigiosa para mover á piedad al público.

Las señoras se han puesto de su parte con tal vehemencia, que no dejan descansar al ministro del Interior (que es católico) y por tanto insisten con él en que no la quiten la vida en la semana aniversario del nacimiento del Redentor del mundo, á quien llegan todos los dias á centenares los pliegos de firmas de la exposicion presentada con ese objeto.

Como es natural, se apoyan en el precedente de Mr. Meybrack, que ya he citado.

Se ha hecho una informacion de testigos y se ha evidenciado que la supuesta asesino padecia alucinaciones y accidentes epilépticos.

Uno de los testigos ha declarado que á raiz de una disputa en 1886 al verse increpada duramente se precipitó sobre una botella que contenia una locion venenosa para uso externo y se bebió un trago. Le arrancó la botella de la mano y le hizo beber agua salada. Despues de haber llorado amargamente se quedó dormida. Cuando despertó dijo que le dolia mucho la cabeza y, al reprenderla lo que habia hecho, le dijo que no se acordaba de nada de lo ocurrido y le fué imposible hacérselo creer.

Tres meses despues, á la raiz de otro disgusto, subió corriendo las escaleras y yo la seguí (dijo otro testigo) llegando á tiempo de impedirle que bebiese otra locion venenosa. Me costó sumo trabajo hacerle tomar un vomitivo y despues que este le hizo efecto, le dió un accidente tan terrible que se clavó las uñas en las palmas de las manos, al cerrar éstas.

Cuando volvió en sí se vió las manos, y le dió tal horror que le dió otro accidente, dando gritos furiosos y carcajadas histéricas con grandes dolores de cabeza. Cuando volvió en sí no se acordaba de nada.

Por último, la madre de la presunta asesino ha declarado que el domingo anterior al en que se cometió el crimen su hija vino á verla muy acongojada y se quejó de que varias veces habia visto, de dia, estando despierta, no soñando, visiones envueltas entre polvo.

—El cuarto, me dijo (contó su madre), se inundó de luz de repente, luz brillante que permitia distinguir perfectamente tres globos de fuego. Uno de ellos tomó la forma de una mujer de cuya fisonomía no podía ver más que los ojos que eran grandes y brillantes y se fijaban en mí con insistencia; las manos las tenia encima de la cabeza. El otro globo tomó la forma de un niño; pero no se le veia tan distintamente. El tercero se transformó en un hombre ó un cuerpo como de hombre, cuya fisonomia no podia distinguir, á quien yo no quería seguir aun cuando me hacia señas con el dedo que le siguiese; yo me resistia, pero la atraccion era tan irresistible que le seguí á un sitio donde habia ventanas con rejas y detrás un gran patio con un agujero en el cual iba á sumerjirme si le seguia...

Estas visiones (añadió la madre) se repitieron varias veces y cuando la ví en la prision me recordó lo ocurrido diciéndome: «Ya estoy en el sitio que habia visto antes. Este es.»

A su defensor le habló de iguales visiones.

Segun parece los que padecen estas alucinaciones de globos de fuego lo que ven generalmente son apariciones de la Virgen María.

La opinion anda muy dividida acerca del resultado de la conmutacion de pena. Muchos la creen justa y opinan que le será concedida, pero la mayor parte lo dudan. Bueno es, sin embargo, recordar otra circunstancia ocurrida últimamente tambien.

No ha mucho tiempo se declaró loco á un criminal autor, de un asesinato horrible. Hubo grandes protestas contra los médicos que declararon loco al criminal.

Fué éste encerrado en un manicomio y tres meses despues se encargó de dar la razon á los médicos, probando su estado mental con el siguiente hecho. En un acceso de locura se saltó los ojos dejándose ciego.

***

¡Me lo figuraba! no me equivoqué; el solicitor Wellboun perdó el pleito y le ha sido negada la demanda de divorcio que intentó á su esposa.

Ésta, en la audiencia ante el Jurado, ha declarado tales cosas contra su marido que, si no han dado grandes seguridades de que ella sea inocente, han probado que tampoco él lo era; y como por otra parte tampoco se ha *probado* el acto de adulterio, por más que haya graves presunciones de la comision del delito, el juez ha negado al marido el divorcio que solicitaba, con más cargándole sus costas y las de su mujer, pues dicho se está que él es quien tiene que pagarlas desde el momento que sigue siendo marido de la demandada y ha perdido la demanda.

El defensor de ésta preguntó á su señoría.—Si el veredicto desechando la demanda es con costas.

Su señoría.—La negacion del divorcio es claro que se entiende con lo que ordinariamente se dispone acerca de las costas de la mujer. Así debe ser en general; en este caso, no.

El abogado del defensor.—¿La mujer no debe ser relevada de pagar costas?

Su señoría.—Ciertamente que no.

El abogado de la demandada.—La mujer debe estar libre de costas desde el momento que gana la demanda.

Su señoría.—No lo creo tan en absoluto. El asunto de costas está enteramente á mi discrecion, y no estoy dispuesto á relevar á la demandada ni á su cómplice de medio peniqne de costas. Los dos han observado una conducta pésima.

El abogado defensor.—Pero la mujer ha ganado el pleito.

Su señoría.—Lo mismo que su cómplice, pero no estoy dispuesto á perdonarles un penique en cuanto á las costas. Estoy decidido á ello. ¿Cuanto se ha pagado hasta hoy?

El abogado del demandante.—La demandada unas noventa libras, como costas, antes de la vista ante el Jurado, y las de éste ciento para pagar los gastos del juicio.

Su señoría.—Por regla general la parte que pierde el pleito debe pagar todas las costas. En los casos de divorcio las costas siguen este curso; pero en el caso actual las costas son discrecion del juez.

Yo no veo en este caso, en que la mujer se ha conducido tan mal, por qué la he de relevar del pago de las costas. La conducta de la demandada es pésima, y tal, que podia hacer creer á su marido cuanto malo de ella quisiera.

Por eso insisto en que no la relevo del pago de costas.

El abogado de la demandada.—Pero Mylord la demanda debe ser desechada y con costas de ambas partes.

Su señoría.—Concedido en cuanto al divorcio; en cuanto á las costas, no.

Quiero tomarme tiempo para decidir la cuestion.

Queda negado el divorcio.

Abogado del cómplice.—¡Y las costas de mi defendido!

Su señoría.—No le concedo la relevacion. Cuando la conducta de un coautor del delito deja sospechar la probalidad del adulterio, no hay razon para perdonarle las costas. Eso enseñará al joven velocipedista á comprender que tiene algo más serio que hacer que acompañar por paseos, sumidos en densa oscuridad, á una mujer casada.»

He preferido trasladar íntegro el diálogo á narrar lo ocurrido en el juicio, porque así se evidencia la libertad discrecional de estos jueces.

Ahora se tomará para pensar el tiempo que juzgue conveniente; pero desde luego puede asegurarse que cada cual cargará con sus costas, que como vemos no son flojas, pues pasan de cinco mil pesetas.

¡Qué vida tan agradable la de ese matrimonio despues del juicio! Si no se separan vivirán como perros y gatos hasta... que uno de los dos se muera.

***

Uno de los veredictos más originales que es posible concebir acaba de pronunciar el jurado en el célebre proceso que ha tenido en suspenso la atencion del público, á quien interesaba extraordinariamente el esclarecimiento de ciertos hechos.

El propietario de un periódico financiero, diario de gran circulacion y de cierta autorid, dirigido por el propietario, que lo es mister Harry Marks, ha sido atacado violentamente en un libelo en que se advertia al público que estuviera sobre aviso para no dejarse engañar por pomposos anuncios.

Referíase el libelista Mr. Butterfield á las compañías mineras que se anuncian y no tienen más objeto ni más filon que explotar que el de la credulidad pública. Entre ellas una de oro que desde hacia algun tiempo venia anunciándose en el periódico *Financial News* bajo el nombre de *Rae Mine Gold Company* (Mina de oro de Rae).

La vista del proceso ante el Jurado ha sido interesantísima, y las declaraciones hechas por los testigos extraordinarias.

Se esperaba el fallo con gran ansiedad, porque si bien es cierto que por su forma la denuncia de Mr. Butterfield era un verdadero libelo de difamacion evidente, casi todos los hechos publicados por él han quedado probados.

El veredicto ha sido sumamente original.

Se ha concedido que, en efecto, la publicacion de Butterfield se puede calificar de libelo, y que como tal es punible; pero que, en atencion á que el público ha podido beneficiar en su provecho, los hechos que allí se revelan, que son notoriamente malos y se han probado, se absuelve al autor del libelo, por conceptuar que su publicacion ha sido *útil y provechosa* al público.

Y por tanto, se condena al pago de costas al propietario del periódico *Financial News*, Mr. Marks.

El fallo es bastante severo, porque las costas no ascienden á cinco ni seis mil pesetas, como las del divorcio Wellboune, sino á unos cuantos miles de libras esterlinas.

La influencia moral del veredicto es altamente perjudicial para el *Financial News*, cuya fama de periódico sério é incorruptible recibe un golpe fatal.

Además, en las declaraciones han salido á relucir interioridades de la vida de Mr. Marks, que no le favorecen, todo lo cual contribuye á empeorar la situacion en que el periódico queda colocado.

Es casi seguro que la suscricion del periódico habrá bajado 50 por 100 y en cuanto á los anuncios sucederá lo mismo, pues ya nadie creerá en la verdad de ellos.

El héroe de la fiesta, Mr. Butterfield, se baña en agua rosada, orgulloso de su victoria.

***

No menor escándalo que el del *Financial News* ha sido el que ha producido la publicacion de un artículo firmado por el distinguido secretario de la Cámara de Comercio de España en Lóndres, que ha salido en la *Revista Económica Oficial* de la Cámara.

Hé aquí el hecho:

Parece ser que un señor, que se llama *D. Juan Prim*, presentó querella contra una sociedad, recientemente creada, bajo el título de *Spanish Corporation*, fundándose en que se podia confundir con la fundada por él bajo el de *Spanish General Agency Corporation*. Pedia á los tribunales que hicieran cambiar de título á la nuevamente creada.

El tribunal ha negado la demanda, y ahora los fundadores se proponen perseguir al Sr. Prim, porque se ha permitido denigrar en su periódico, la *Gaceta Española*, á los fundadores de la *Spanish Corporation*.

Aquí entra lo grave del asunto. El Sr. Prim, que se supone español, no aparece inscrito en el registro de nacionalidad en el consulado general de España, y dá la fatal casualidad de que la similitud de nombre y apellido puede hacer creer que ese señor don Juan Prim es el mismo á que se refiere el Sr. Muñiz en sus apuntes históricos sobre la revolucion de 1868, en las páginas 227, 228 y 229, que dicen así:

«El conde de Vistahermosa, embajador en Lóndres, tenía (segun él) muy vigilado á Prim por medio de un *espía italiano*, que tambien se llamaba Prim, el cual habia sido descubierto tres meses ántes por D. José Olózaga, que conocía á una señora muy amiga de Gonzalez Brabo, con quien el ministro tenía tanta intimidad que le confió unas cartas que Vistahermosa le habia mandado y que le habian sido entregadas por el espía; estas cartas, cogidas del cesto del escritorio del general Prim, eran tres de D. Gil Cuchet, desde Marsella, y una de don Práxedes Mateo Sagasta, desde París. Púsolo en conocimiento del general, advirtiéndole que las cartas tenian todas las señales de haber sido hechas una pelota. Entonces el general *sospechó del italiano*, que tenia la costumbre de pasarse horas enteras en el despacho del general, mientras éste leía y escribía su correo. El dia en que por conducto seguro recibió mi carta, se encontraba *el polizonte* en el despacho, y en aquel instante le hizo la prueba; pretestó el general que tenia que salir y le rogó continuara allí, por si venía alguna visita dijera que esperara escondiéndose con revólver en mano detrás de una puerta, miró por el ojo de la cerradura y le sorprendió en el acto de cojer del cesto, hecha pelota, una carta que el general, de intento, habia arrojado. Cogido *infraganti, el malvado se puso de rodillas y pidió misericordia*, que Prim le concedió á condicion de que el oficio que habia estado haciendo hasta entonces contra él que le habia franqueado su casa, lo hiciera en adelante contra el conde de Vistahermosa, pero dándole pruebas evidentes de lealtad, y que si no cumplia así sería muerto por los emigrados.

»El italiano lo cumplió con tanta exactitud, que á él debió el general su libre salida de Lóndres, dejándole escritas unas cuantas cartas con diferentes fechas: unas invitándole á comer ó almorzar y otras citándole, y todos los dias presentaba al embajador la que correspondia, y por este engaño el gobierno de Madrid el dia 18, cuando el gobernador de Cádiz empezó á dar los avisos, y en virtud de ellos se preguntó á Lóndres, todavía Vistahermosa aseguraba la permanencia de Prim en aquella ciudad.»

Se espera la rectificacion del señor Prim, probando que no es él el aludido.

Ya pondremos en conocimiento del público cómo concluye este asunto.

***

Mi compatriota y compañero señor Cortés, corresponsal en Lóndres de *El Resúmen*, ha dado prporcipones exageradas á un hecho de tan nimia insignificancia como el de haberse creido en el caso de hacer al público juez de su conducta en un detalle puramente personal que acaba de ocurrirle.

Es el caso que mi colega ha creido vulnerada su dignidad de corresponsal por haber recibido una localidad que no era una butaca para asistir al último concierto de Sarasate. Recibió el Sr. Cortés, como recibí yo, una tarjeta en la que habia escrito lo siguiente de letra del Sr. Otto Goldschmidt, secretario, asociado, amigo é inseparable de Sarasate, que jamás se ocupa éste de nada referente á billetes de sus conciertos:

Reserved seats Sarasate. Concert 8 p. m. Artist entrance. 5 december.

Que traducido literalmente dice así:

Sitios reservados en el concierto de Sarasate. A las 8 de la noche. 5 dic.

Mi colega, que esperaba recibir una butaca, se ofendió, y sin fijarse en que la tarjeta decia *asientos reservados*, supuso que la tarjeta se referia á los asientos que los dias que el concierto es de orquesta hay detrás de ésta, y cuyo precio es de tres, no de dos chelines, y carecen de número.

Con solo que se hubiera fijado en este detalle, se hubiera ahorrado todo lo ocurrido despues.

Porque es de advertir que, léjos de ser unos asientos malos los que á las tarjetas se referian, eran exactamente iguales á los que cuando Rubinstein ha dado conciertos en el salon de Saiut James, hacía colocar detrás del piano y se pagaban á una guinea, ó sea 21 chelines, doble que las butacas, que valen 10 1|2 chelines.

Y puedo asegurar, puesto que estuve en uno de estos asientos (sillas de tapicería, anchas y cómodas), que son superiores á las butacas del salon, porque se disfruta del golpe de vista de la sala, sin tener que volver la cabeza, y se está al lado de los artistas, de los que apenas está uno separado un par de metros.

Con esta esplicacion queda demostrado que el intento del Sr. Otto no fué deprimir á la prensa en uno de sus representantes, sino por el contrario, ensalzarla al recurrir al único recurso que en mano del Sr. Otto quedaba para proporcionar asientos buenos, á personas que deseaba no privar del gusto de asistir al concierto, y no podia darles butacas, porque no las habia disponibles, pues todas se habian vendido en el despacho.

Como el Sr. Cortés ignoraba esto, interpretó que lo que decia el renglon debía traducirse así: *O lo que es lo mismo* (palabros textuales), *un asiento de valor de dos ó tres chelines, detrás de la orquesta, enfrente del público.*

Los reservados no valian dos ó tres chelines y no estaban detrás de la orquesta, porque era concierto de Cámara, y por consiguiente no habia orquesta, lo cual varía por completo la cuestion.

Pero además, en mi humilde opinion, cuando se trata de oir ¡á un Sarasate! los verdaderos *devotos del arte* (que debemos serlo todos los periodistas) no podemos dar importancia al *sitio* más ó ménos aristocrático desde donde le oigamos. Lo importante es poderle oir, y yo, que adoro la comodidad, prefiero oirle de piê en el último rincon de la sala, á no oirle!

En cuanto á publicar la carta que ha escrito á Sarasate, tampoco puedo aprobarlo, porque los maliciosos no pudieran sospechar que más que para escribírsela á Sarasate habia sido escrita para que la conociera el público, y además porque hay en ella insinuaciones que no son para dichas á ningun artista y mucho menos á un artista como Sarasate.

Cuando por falta de billetes ó de voluntad de enviarlos no se reciben los billetes de regalo, y se quiere asistir á una funcion, es natural que se compren los billetes; pero no que se le eche en cara al artista como si fuera un hecho inaudito, porque ese acto tan vulgar de comprar el billete lo hace todo el que va á oirle.

En mi juicio, eso es de lo que no se dice; con cuanta más razon no se debe publicar jamás.

No aprobamos además la publicacion de la carta, porque encierra injusticias que no sientan bien en un representante de la prensa.

Decir que *aun hay* periodistas españoles que no *cobran* los elogios que tributan, es un verdadero colmo.

Yo no conozco periodistas españoles que forman esa desgraciada regla general de que mi estimado colega se erige en honrosa excepcion, y creo que no hay prensa más digna de estimacion que la de mi pais.

Es preciso ser muy nuevo en el oficio para dudar de que las excepciones no son los buenos periodistas, si no los malos.

Yo que nunca pienso que los demás son capaces de hacer lo que yo no hago, procuro siempre huir de cuanto pueda redundar en menosprecio de la clase que represento, evitándose así á que se arraigue la idea de que nos picamos de todo, lo criticamos todo, y lo empequeñecemos todo, por el afan de encerrarlo en el reduci- dísimo círculo de nuestra personalidad.

Y basta de este asunto.

Hoy ha salido de Lóndres Sarasate con direccion á Paris, donde descansará una semana. Despues irá, no á Rusia, sino á Alemania, donde estará el 2 de enero que debe dar un concierto en que tocará *Pibroch*, de Mackenzie, dirigido por el autor.

Allí le esperan triunfos y coronas, que le aconsejamos no se deje arrebatar, como le ha sucedido en Londres.

Una distinguida señorita le ha *secuestrado* la última corona que le presentaron y no ha sido posible recobrarla. ¡Qué se le va á hacer, es una admiradora del artista!

La moral de esta apasionada no es severa como la del marido de una señora casada hace veinte años, á quien le preguntó dias pasados otra recien casada:

—Es cierto que su marido de usted no ha dejado un solo dia sin besarla á usted *desde el dia en que se casò?*

A lo cual respondió la interpelada:

—Sí, hija mia, ni un solo dia; pero tengo que advertirle que mi marido es el hombre más caballero de cuantos he conocido.

B. DE OYA.

Londres, 21 de diciembre de 1890.

DESDE EL BOULEVARD

Se acabó el drama que con el título de l' *Affaire Gouffé* se ha desarrollado ante un escogido público en la *Cour d' Assises* del Sena.

El desenlace es lo que menos nos ha gustado.

Si se aplica la pena de muerte á Eyraud, no se explica lógicamente que guarde la suya sobre sus hombros la *interesante* Gabriela, que entre dos tiernos besos pasaba delicadamente alrededor del cuello del infortunado Gouffé el famoso cordon de la bata que habia de arrancarle la vida.

El incomprensible veredicto del jurado nos permite con menos escrúpulos decir francamente nuestra opinion, que ya no puede ser perjudicial á la que en ese crimen nos resulta más repugnante aún que su cómplice

Ministerio de Cultura

Eyraud tiró de la cuerda en que quedó ahorcado el huissier; pero Gabriela, á sabiendas, sirvió de cebo para atraerle á la emboscada; con sus ardides de cortesana lo colocó en el banquillo del suplicio, y distrayéndole con sus mentidas caricias, mientras excitaba su temperamento libertino, le pasaba el dogal al cuello.

Consumado el horrible asesinato, tuvo sangre fria para quedarse junto al cadáver, colgado cual res sacrificada, mientras Eyraud iba á buscar en el estudio de Gouffé, exponiéndose á ser preso, el dinero, móvil del crimen.

Eyraud necesitó beberse una botella de cognac para tener fuerzas y meter al muerto en el saco que ella, con sus manitas de gata, habia cosido tranquilamente dias antes, no ignorando el destino que iba á dársele; y cuando, bien embalado el cadáver en el baul, su cómplice se alejaba del lugar del crimen, Gabriela tuvo estómago para acostarse en la misma habitacion, á dos pasos de la víctima, y dormir con el sueño del justo.

Más tarde, perseguidos á través del mundo entero, mientras Eyraud conservábala á su lado, á pesar del estorbo que una mujer puede ser en viaje de tal naturaleza, Gabriela, viéndole cerca de su pérdida, le abandona alegremente y se viene á París con el último hombre que ha conocido, para irse derechita á la Prefectura de Policía y declarar que Eyraud escabechó al otro, y que ella ¡pobrecita! no se metió en nada.

Si en todo esto se pueden haber encontrado las circunstancias atenuantes, que venga Dios y lo vea; lo que es por otro lado, tampoco parecen, y si vamos á buscar en sus antecedentes motivos de atenuacion no encontraremos sino noticias de que á la tal Gabriela, desde su más tierna infancia, nunca tuvo el diablo por dónde cogerla.

Resulta, pues, el veredicto de una excesiva indulgencia para la Bompard, que se compagina mal con la inexorabilidad usada justamente con Eyraud.

Es una mujer, dirán muchos, y parece ya cosa invariablemente establecida que en Francia no se ha de aplicar la pena de muerte á ninguna mujer.

La proverbial galantería francesa diríase que hasta en la administracion de justicia ejerce su imperio, lo cual pudiéramos calificar de extremado y llegaria á dar resultados prácticos funestos. Algun menos vitriolo se emplearia, en una de las formas más repugnantes y odiosas del crimen, si las mujeres francesas capaces de tales monstruosidades supieran que la espada de la justicia y la cuchilla de la guillotina no distingue de sexos.

La mujer que es buena es mejor siempre que el mejor de los hombres; pero la que sale con malas entrañas, se deja atrás á las vívoras y las hienas.

Si la pena de muerte no tiene más objeto ni más excusa que extirpar los miembros gangrenados y corrompidos de la sociedad, no hay razon bastante poderosa, por una timidez ó una compasion dignas de mejor empleo, para conservar los más infectos porque tengan apariencia más débil ú oculten su ponzoña bajo un exterior más ó menos agradable al sentido de la vista.

Y en el caso presente, en que la pena ha sido tan poco rigurosa, podria darse el de que la Bompard, condenada á solos veinte años de presidio en la flor de su juventud y beneficiando, como es probable, de indultos y rebajas, saliera al mundo otra vez á los treinta ó treinta y dos años de edad, y á expensas de la exagerada celebridad dada á este proceso y con la ayuda de algun *Barnum* avisado, realizase, exhibiéndose ante ese mismo público que se ha desvivido por verla ante la *Cour d' Assises*, una regular fortuna, que vendria como á ser el premio de su arte en manejar la *cordeliere*.

Y ese sí que seria el colmo de los colmos!

***

Contrasta con esa indulgencia del jurado del Sena la severidad con que el Tribunal correccional ha sentenciado hoy —como por telégrafo sabrán ya esos lectores—á Georges Labruyere á trece meses de prision por haber favorecido la fuga de Padlewki.

Coméntase mucho esta aplicacion de casi el máximum de la pena, que el periodista parisien no podrá cumplir entre condenados políticos, sino entre criminales vulgares puesto que se le ha aplicado un artículo del Código que califica de delito comun el cometido.

Realmente la justicia no ha perdonado el haber sido burlada por el hábil *reporter*.

Lo que seria verdaderamente curioso es que los nihilistas hubieran sido más hábiles aún que Labruyere y hubieran burlado á éste al mismo tiempo que á la justicia haciéndole *salvar* á un falso Padlwski, distrayendo así la atencion para facilitar la verdadera evasion del verdadero asesino del general Seliverstoff.

Porque no deja de ser raro que ni los dos amigos de Labruyere que durante dia y medio viajaron con el supuesto doctor Wolff, ni el conductor del *sleeping*, ni ninguna de las personas que lo vieron en compañía de su salvador le hayan encontrado parecido con las fotografías de Padlewski. Mucho puede cambiar un disfraz bien arreglado; pero en este asunto, en que todo tiene cierto carácter maravilloso, ese detalle se presta á congeturas maravillosas tambien.

Lo positivo es que si bien está comprobado que hasta Turin llegó Labruyere con su protegido y sus dos amigos, no lo está menos que no llegó á Trieste para embarcarlo, y se piensa con fundamento que Padlewski no ha salido de Europa; en cuyo caso bien pudiera haber resultado inútil la odisea de Labruyere, y seria triste para éste que sus trece meses de prision no hubieran pagado la salvacion del nihilista si llega á caer en las manos del inspector Sondais—el mismo que recorrió medio mundo en persecucion de Eyraud,—enviado á Italia con ese objeto.

***

Y que se puede esperar mucho de la habilidad de los polizontes franceses, lo prueba un hecho reciente, el cual podria servir á un autor de imaginacion para tejer, adornándolo un poco, un melodrama interesante ó una novela digna de los honores del folletin.

En el mes de agosto último, el guarda rural del partido municipal de Saint-Amas-Soult, descubrió en una profunda zanja que bordea un estrecho camino de la Montaña Negra, el caballo y el coche del conde de Vileplaine y, dentro del carruaje, el cadáver del conde.

Una perdigonada en el costado derecho, disparada á boca de jarro, habia producido la muerte.

El juzgado de Castres procedió á las diligencias en averiguacion del autor del crimen, sin obtener resultado ninguno.

Se atribuyó el asesinato á algun cazador furtivo de los que abundan en la selva de la Montaña Negra, propiedad del conde difunto; pero como esos individuos dominan por el terror á los aldeanos, fué imposible obtener de éstos el menor indicio.

Se consideraba, pues, la causa como abandonada.

El mes pasado, la condesa, que vive en París, supo que en Saint-Amas-Soult y otros pueblecillos próximos corria, entre ciertas gentes, que lo hacian tomar cuerpo, el rumor de que el asesino del conde de Vileplaine era su mujer y que los magistrados cerraban voluntariamente los ojos para dejarla tranquila.

Los que este rumor propalaban, añadian que el móvil del crimen habia sido para la condesa recoger la herencia de un hermano de su marido, fallecido algunas semanas antes, dejando toda su fortuna al conde.

Cuando estas horribles calumnias llegaron en París á oidos de la condesa, llena de indignacion, resolvió hacer patente su inocencia, al par que vengaba á su marido haciendo prender al culpable.

Fuese á ver al prefecto de policía, le contó los odiosos rumores esparcidos en el pueblo y le pidió que pusiera á su disposicion, á título oficioso, un agente de policía hábil y prudente á fin de proceder á nuevas pesquisas.

Consintió el prefecto á condicion de que el agente seria escogido entre los retirados.

—Le aseguro á usted, señora, que entre esos veteranos hay verdaderos linces—díjola el prefecto.

A la mañana siguiente se presentaba á la condesa un hombre de unos sesenta años, con aspecto de magistrado retirado, muy limpio y correcto, de ojos vivos y cuidada barba blanca.

Era Bastard, el polizonte que la enviaba el prefecto y al cual la condesa explicó minuciosamente lo que de su sagacidad esperaba.

Bastard salió inmediatamente para Castres, se presentó al juez de instruccion que se habia ocupado del asesinato, le comunicó la mision que llevaba y se puso en campaña.

Ocho dias despues, un buhonero que desde hacia una semana recorria el país vendiendo pañuelos de seda, cintas, petacas y otras mil baratijas, se encontraba *casualmente* con unos leñadores junto á la zanja en que fué hallado en agosto el cadáver del conde, y mientras les procuraba vender su mercancía, hacia que le contasen los detalles del crimen.

La historia parecia interesar al viejo aquel, pequeñito y seco como un palo, pero simpático y que no se hacia rogar para pagar una *ronda* en las tabernas y en las posadas.

Entre copa y copa le habian dado ya no pocos informes sobre el asesinato del conde de Vilaplaine, y el buhonero por no quedarse atrás habia contado á aquellos aldeanos las grandes causas célebres de Paris.

Aquel vejete tenia ideas bien raras; creia que todo habia sido por la pícara política y guiñaba el ojo con aire malicioso.

Ya habrán adivinado mis lectores que el buhonero no era otro que el agente Bastard.

Bajo su disfraz durmiendo en las granjas, comiendo en las posadas, rodando de acá para allá, adquirió la evidencia de que tres personas á quienes la justicia habia molestado eran inocentes del asesinato del conde. En el pais se designaban otros como culpables, sin contar la condesa, y tan inocentes como ella.

En la selva de la Montaña Negra hay una posada cuya clientela se compone de leñadores, carboneros, guardas y cazadores furtivos. Allí creyó Bastard que debia instalar su observatorio.

Sospechaba de un colono del conde, un tal Chabot, de sesenta y dos años de edad, que la misma mañana del dia del crímen habia sido embargado por el conde por una deuda de 2000 francos.

Bastard tuvo que reconocer bien pronto que se habia equivocado; Chabot se encontraba en la posada de la selva á la misma hora en que se cometió el asesinato.

Pero fiel á su buen olfato pensó que si Chabot no era el autor del crímen, era el instigador, y el asesino su yerno, un tal Augé.

En efecto, sus pesquisas dieron por resultado saber que el 18 de agosto, á eso de las diez de la noche, hora en que el conde fué muerto, Chabot se encontraba en la posada en compañía de otras personas, y al sonar un tiro y decir uno de los presentes:

—¡Hola, parece que Augé está de caza!

Respondió Chabot:

—Entonces hay uno que ha cobrado lo que le deben.

Bastard reconstituyó las pesquisas sobre estos datos y consiguió probar que Angé, contra lo que habia declarado en la instruccion, se encontraba en la selva á la misma hora en que sonó el tiro y el conde de Vilaplaine habia sido asesinado.

Augé ha ingresado en la cárcel de Castres convicto de asesinado.

No nos sorprenderá ver pronto con este mismo asunto, en que Bastard se asemeja á los héroes de Gaboriau, un drama en el *Ambigú* ó un folletin en el *Petit Journal*.

***

En Viena acaba de abrirse una Exposicion verdaderamente *fin de siglo*. La Exposicion internacional del *reclamo*.

En el local se dan conferencias notables sobre este elemento de propaganda que ha llegado á ser necesidad indispensable del comercio moderno y palanca poderosa de su engrandecimiento.

A visitar esa Exposicion y escuchar las conferencias en que el mismísimo secretario general del Museo de Viena no ha tenido á ménos tomar parte, acude un público escogidísimo, entre el cual no es raro ver archiduques y princesas.

Dos ejemplos bastarán para demostrar la necesidad y los resultados sorprendentes del reclamo.

Uno de los grandes almacenes de Paris creyéndose bastante *lanzado* economizó durante el año que está expirando 100000 francos de la cifra ordinaria de su presupuesto anual de publicidad y hoy reconoce su error que ha reducido en medio millon de francos, sus beneficios del año.

El otro ejemplo es mucho más curioso y nos lo dá la historia de un *Rob* universalmente conocido.

Su autor L... era un boticario de provincias muy pobre. Encontró un capitalista que le facilitó 10000 francos para *lanzar* el producto, y que invertidos en publicidad le hicieron ganar 20000 francos el primer año, de los cuales destinó 18000 á nuevos reclamos en el año siguiente, siendo hoy uno de los fabricantes farmacéuticos más ricos que gasta 20000 duros al año en anuncios.

Un fabricante de jabon que gasta al año unos tres millones de francos en publicidad, tiene arrendada una columna del *Times* (y en ciertas épocas del año toda una página) donde se lee en gruesos caracteres durante semanas enteras: Buenos dias, ¿se ha lavado usted con el jabon X...?»

El *Punch*, uno de los mejores periódicos satíricos del mundo presta, al reclamo el lápiz de sus notables dibujantes y el ingenio de sus redactores. En la Exposicion de Viena figura un número del *Punch* que tiene un dibujo con este epígrafe:

«Escena del *Macbeth*, de Sackespeare. En primer término lady Macbeth desesperada se esfuerza en borrar las manchas de sangre. Un poco apartados un médico y una dama de la corte.

»*Lady Macbeth.*—¡Oh, Dios! ¿Qué hacer?... ¡Sangre... sangre por todas partes...! ¡Malditas manchas! No las borraré con todos los perfumes de Arabia...!

»*El médico.*—¡Ah! Si se sirviera del jabon X... pronto desaparecerian!»

En fin, las pirámides de Egipto están hoy dia cubiertas de anuncios multicolores que recuerdan á los touristas mil industrias y productos europeos y y americanos.

Su majestad el reclamo domina el mundo en este fin de siglo.

***

Lo anuncié en mi crónica anterior y no me he equivocado.

Vino el deshielo justamente á tiempo para suspender la gran fiesta de patinacion anunciada para el domingo pasado en el bosque de Bolonia.

El viernes por la noche empezó á subir la temperatura y el domingo si no hacia calor le faltaba poco.

Por supuesto que desde el lunes empezó á helar otra vez y ya... estamos frescos otra vez. Pero de un fresco superior.

Lo cual tiene sus ventajas, el piso está limpio y seco de puro helado, y como el frio no arredra á los parisienses para salir á la calle, las barracas que en esta semana de año nuevo dan un aspecto por demás curioso á los grandes boulevares convertidos en feria no se verán desiertas.

Los industriales que en ellas venden el *artículo de Paris*, en su gran mayoría son dignos de interés. Casi todos son obreros que en el fondo de su modesta vivienda han trabajado largos meses y aguzado su ingenio para inventar algun juguete nuevo.

Raro es el año que de las barracas no sale alguna novedad que hace fortuna.

De esas barracas salió hace años aquel famoso *cri-cri* que ensordeció la Europa entera haciendo ganar al obrero que lo inventó centenares de miles de francos.

Un premio gordo de la lotería, más seguro que el que tampoco este año hemos conseguido ganar, y crean nuestros lectores que no escarmentaremos y seguiremos jugando, por algo somos de esa hermosa tierra del Sol, á la que desde este nublado Paris enviamos fervientes votos por su prosperidad en el año 1891.

Felices Páscuas y hasta la próxima, es decir hasta el año que viene.

RICARDO BLASCO.

París, 25 diciembre 1890.

MOSÁICO MADRILEÑO

Los pobres: variedades de la clase.—Algo de higiene.

A pesar de las órdenes que parece ha dado la autoridad gubernativa de esta provincia para que sean recogidos los pobres, que habian hecho imposible el tránsito por las calles, todavía son tantos los que han logrado burlar la vigilancia de los agentes, que estamos próximamente como estábamos.

No es, pues, inoportuno, señalar las variedades de la gran familia que se consagra á vivir á costa de las demás, en esta poblacion donde tantas pobrezas se ocultan y tantos dolores se recluyen en las tristes soledades del hogar.

Pobres que lloran. Suelen ser distinguidísimos actores en las artes de imitacion y llegan hasta derramar lágrimas verdaderas, como prueba de un dolor convencional. Nos salen al paso, nos acompañan y nos siguen, metiéndonos el alma en un puño, y cuando nos vemos en la necesidad de negarles su peticion, algunos se alejan para seguir llorando á otros de los transeuntes y otros pasan á diferente categoría: la de los

Pobres que amenazan. Son ya en muy crecido número, y aunque todavía no han llegado, que yo sepa, á imitar al mendigo del *Gil Blas*, acompañando á sus palabras la elocuencia de un arma, á todo se llegará. Hasta hoy se suelen limitar á prorrumpir en improperios, hacer *votos* porque llegue un dia en que se encuentre al transeunte en lugar solitario, y, lo que es más frecuente, asustar á las señoras que llevan niños, lanzando maldiciones sobre las tiernas criaturas.

Los pobres que están desnuditos. Pertenecen á uno y otro sexo y son bien conocidos. Personas caritativas les han provisto de ropas de abrigo y á las veinticuatro horas han vuelto á encontrarles nuevamente «desnuditos.» Se conoce que produce la especialidad de la desnudez en estas épocas de grandes frios.

Los pobres lisiados. Prosiguen saliéndonos al encuentro y poniéndonos junto al vientre los fragmentos de su pierna ausente ó metiéndonos por los ojos y obligándonos á besar como una reliquia la mano mutilada ó el brazo seco.

Los pobres que agarran. Una variedad de los que no fian mucho en su elocuencia. Hasta ahora nos cogen por por el brazo, haciéndonos que nos paremos. Con el tiempo nos agarrarán por el cuello ó nos echarán la zancadilla para obligarnos á parar y á que nos fijemos en la necesidad que alegan.

Hay otras muchas variedades; pero las citadas son las que constituyen verdadera actualidad en Madrid. Tal vez no fuera descaminado incluir á los pobres que ejercitan la mendicidad á la sombra de una industria, como la reventa de fósforos ó de periódicos; pero este examen me llevaria demasiado lejos, porque con el mismo derecho pedirian ser incluidos en la galería los sablacistas de todas las jerarquías, las busconas y otras mil y mil especialidades madrileñas que pueden reirse á su sabor de la divina sentencia lanzada en el Paraiso, para que el hombre gane el pan con el sudor de su frente.

Así como la verdadera caridad rechaza las llagas postizas y las epilepsias fingidas, la propia conservacion rechaza la limosna, que adopta la forma de sablazo.

—Vengo á dar á usted una prueba de amistad—me decia no ha mucho un caballero bien portado, fumando un grueso cigarro y que se habia hecho introducir en la sala de mi casa—Habiendo salido de casa sin dinero y teniendo que pagar el consumo que han hecho en el café unas señoras amigas, espero que me facilitará usted un duro.

—No tendria inconveniente, si le conociera á usted siquiera de nombre... Pero de todas maneras se ha equivocado, porque empezó diciendo que me iba á *dar*, cuando venia precisamente á pedir.

Y es que, para acudir á la caridad ajena, en remedio del mal propio sólo hay una fórmula: la que pone por intermediario un recuerdo superior al hombre para hacer fraternales las relaciones del pobre y el rico. Esa fórmula es la que emplea el verdadero necesitado cuando pide que se le atienda *por el amor de Dios*.

***

La moda ha llegado á imperar en todo... hasta en los asuntos de mortalidad, y ahora está de moda el asustarse ante el contingente de muertos que dá Madrid, especialmente en esta época del año. Y como consecuencia de esta moda, no hay quien deje de echar su cuarto á espadas en esto de la salubridad y de la higiene.

Pero aunque no estuviera de moda el escribir de estos asuntos, en Madrid constituye siempre tema de actualidad.

Hablemos, pues, un poquito de higiene.

El agua es el vehículo más á apropósito para llevar á las poblaciones el germen del cólera morbo; las carnes son, con frecuencia, orígen de carbuncos y pústulas malignas; las grasas y quesos se mistifican de tal suerte, que lejos de constituir un alimento de primera clase, se convierten en sustancias altamente nocivas; al uso de las bebidas alcohólicas, atribuye la ciencia numerosas y gravísimas enfermedades; los cerdos sufren la trichina; los pavos la viruela; muchas plantas propagan sus doléncias á la especie humana y las leches, está fuera de toda duda, que pueden trasmitir la tisis, el tifus, la difteria y la escarlatina á los que de ella se alimentan.

Sabido esto, el acto de sentarse á la mesa es tan peligroso como el asistir á una batalla; ponerse frente á un plato que contenga rojizas lonchas de jamon es tan heróico y peligroso como el colocarse enfrente de una batería, y antes de beber una copa de leche recien ordeñada ó de agua cristalina, será muy conveniente arreglar todo género de asuntos terrenales y ponerse bien con Dios. Lo mejor seria ignorar todos estos descubrimientos de la ciencio para na estar en contínua zozobra y convertir la existencia en continuado martirio. Los médicos Buchanan, Power, Cameron, Klein, Hart y otros, en sus citas é historías médicas, atribuyen la mayor parte de las humanas dolencias al empleo de alimentos y bebidas, que llevan en sí gérmenes y microbios.

Lo particular es que en muchos pueblos donde se disfruta de salud envidiable, los alimentos son los mismos y no se les somete ciertamente á las preparaciones que recomiendan los hombres de ciencia. Y esto me hace pensar en que la verdadera causa de la mortalidad excesiva de las grandes poblaciones, consiste en sus malas condiciones higiénicas, en la aglomeracion en poco espacio de muchas personas y en los infinitos agentes que modifican las circunstancias normales de nuestra vida. Madrid, por ejemplo, para estar en igualdad de condiciones que otra poblacion que cuente 1000 habitantes, deberia ocupar una extension de 500 veces mayor que la de este, suponiendo que compongan la capital de España 500000 almas. De este modo, disponiendo ya de aire respirable, podia irse pensando en tener alcantarillas y árboles y otras pequeñeces, de que si no carecemos en absoluto, tampoco las tenemos muy abundantes; podia atenderse á la inspeccion de los alimentos y comenzar á pensarse tambien si la vida nocturna, las costumbres del Círculo, los bailes y los teatros, el ambiente irrespirable de los cafés y tabernas, la conversion de la noche en dia y otras circunstancias características de los tiempos, no puedan tener alguna culpa de las aterradoras tablas de la mortalidad en Madrid.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LIBROS NUEVOS

Madrid en broma es el título de un precioso libro, que contiene 38 graciosísimos artículos de Luis Taboada.

El popular escritor ha hecho alarde de ingenio en esta su última produccion, y cada artículo es un cuadro de costumbres, rebosando gracia y lleno de observacion.

El renombre del autor y el lujo con que ha sido hecho el libro, lleno de notabilísimos grabados de Angel Pons, son sobrados alicientes para que en corto plazo quede agotada la edicion de *Madrid en broma*.

2009 Ministerio de Cultura